Junio de 1980

LA IDEA DE RACIONALIDAD EN EL PENSAMIENTO DE
JOSE MEDINA ECHAVARRIA

Adolfo Gurrieri

Este ensayo será presentado en la Reunión de homenaje a José Medina Echavarría, organizada por el Instituto de Cooperación Iberoamericana y la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), que se realizará en Madrid entre el 30 de Junio y el 3 de Julio de 1980.

INTRODUCCION

No es tarea fácil presentar en pocas páginas las ideas principales de J. Medina Echavarría pues se trata de un pensador que penetró en profundidad en casi todas las ciencias sociales y escribió sobre sus problemas principales a lo largo de más de cuarenta años. Se formó profesionalmente en las disciplinas jurídicas, pero desde temprano se interesó por la filosofía de tal modo que su primera cátedra lo fué de Filosofía del Derecho. Pero la crisis profunda y variada del segundo cuarto de este siglo, y la necesidad de comprenderla y actuar sobre ella, lo inclinaron hacia la perspectiva global de la sociología convirtiéndose, ya en América Latina, en uno de los más destacados sociólogos de esa región. Pero, a poco andar, la fuerza de las circunstancias y su propia sensibilidad por los problemas de la hora lo impulsaron a penetrar en los problemas del desarrollo económico; sus colegas economistas de la CEPAL pueden dar fé que en sus diálogos y escritos siempre mostró una considerable competencia en ese tema. Sin embargo, no se detuvo en él sino que lo utilizó como punto de partida de sus reflexiones sobre teoría política, tanto respecto a las instituciones propias de los estados nacionales como a las relaciones internacionales, que constituyen, quizá, la parte más fecunda y perdurable de su pensamiento.

Pese a la variedad de problemas que lo interesaron en su dilatada vida intelectual, Medina mantuvo con obstinación su derrotero: de una manera u otra todas sus ideas se vinculan con el tema general de la significación de la racionalidad en la vida humana.

Durante los años críticos de los 30 y los 40 deposita toda su esperanza en el papel que la ciencia en general y las disciplinas sociales en particular

podrían jugar en la "reconstrucción de la sociedad", como denominaba a su máxima aspiración, siguiendo las sugerencias de K. Mannheim. Pero la contribución de las ciencias sociales al logro de una mayor racionalidad en los asuntos humanos sólo podría lograrse si ellas fueran capaces de superar los defectos que las aquejan; Medina no sólo los denuncia reiteradamente sino que contribuye a erradicarlos creando fundamentos teóricos y metodológicos para la sociología.

Sobre la base de esos fundamentos penetra en los problemas del desarrollo, al que concibe, desde un principio, como una manifestación del proceso general de racionalización, característico de la historia occidental. En su esfuerzo por perfilar las líneas fundamentales del desarrollo se siente atraído por la interpretación que brinda el "paradigma weberiano" --en el que la racionalidad formal juega un papel decisivo-- pero termina rechazándolo en favor de una perspectiva en la que la racionalidad material, propia de la política, desempeña al menos un rol tan decisivo como la formal.

En ese paulo de la evolución de su pensamiento, y luego de realizar exploraciones analíticas y concretas sobre el desarrollo y sus condiciones sociológicas y políticas, vuelve su mirada sobre la planeación del cambio social en la cual se conjugan las tres formas de racionalidad: técnica, funcional y política. En el tratamiento de este tema plantea con claridad su rechazo del tecnocratismo y del burocratismo como formas perversas de la racionalidad, y afirma la necesidad de dar prioridad a la racionalidad política cuando se toman decisiones sobre fines.

Por cierto, la historia muestra variadas formas típicas de racionalidad política nacional e internacional; la elección entre unas y otras es, en última instancia, un problema de valores. Y Medina afirma los suyos: prefiere y defiende a la democracia liberal como forma de organización política nacional tanto por el papel que la participación política y social

juega en su proceso de decisiones como por compartir su principio de que siempre será posible alcanzar un compromiso entre intereses contrapuestos; y también prefiere y defiende a la "distensión" como modo de convivencia internacional porque ella es, a la vez, requisito y expresión de una conducta racional ante el peligro del holocausto definitivo.

En las páginas siguientes se abunda un poco más sobre estos aspectos centrales al pensamiento de Medina, sobre la base de trabajos anteriores sobre el tema^{1/}.

^{1/} Véase en especial Adolfo Gurrieri "José Medina Echavarría: un perfil intelectual", Revista de la CEPAL, n° 9, Diciembre de 1979.

1. El papel de las ciencias sociales y la responsabilidad del
intelectual

Durante las décadas de los años 30 y 40 Medina concentra su trabajo intelectual en explorar los defectos que impedían a las ciencias sociales de su -- época cumplir su papel en la reconstrucción de la sociedad, y en establecer las bases para que ellas pudieran hacerlo cabalmente. Esos defectos tenían gran importancia en aquellos años y la siguen teniendo ahora, a pesar de los esfuerzos que muchos --incluído el mismo Medina-- han hecho para eliminarlos, y por eso la cuestión que él plantea mantiene intacta su actualidad.

El primero de los defectos se refiere a la charlatanería, el dogmatismo, la incompetencia, en suma, la falta de rigor, que ha perturbado a todas las ciencias sociales, pero en especial a la sociología, impidiéndole un crecimiento ordenado. "De todas las ciencias sociales la sociología ha sido siempre la más castigada por la improvisación, y ésta es la que importa cortar de raíz en los medios juveniles (y así evitar) la acción siempre dispuesta del charlatán y del audaz"^{2/}.

A fin de corregir ese defecto las ciencias sociales deben llegar a ser ciencias en sentido estricto, para lo cual deben atenerse a los criterios del método científico. De acuerdo con su raigambre positivista, Medina sostiene que el método científico es, en principio, el mismo para las ciencias naturales y sociales aunque también admite que las últimas enfrentan dificultades especiales al aplicarlo, derivadas de los conceptos que utilizan --que suelen estar muy cerca de los del lenguaje común-- y de la realidad que les sirve de objeto, que es compleja, cambiante y a menudo, meramente simbólica.

^{2/} José Medina Echavarría, Sociología: teoría y técnica, México, Fondo de Cultura Económica, Segunda edición, 1946, p. 8 (primera edición de 1941).

Con respecto a las características que Medina le asigna al método científico no cabe entrar en detalles que son de sobra conocidos pero conviene señalar el carácter anticipatorio de su pensamiento en este aspecto. En efecto, pese a su inclinación weberiana no adopta un enfoque "comprensivo" y, asimismo, sus tendencias positivistas no lo llevan a apoyar el punto de vista empiricista según el cual practicar el método científico consiste en atenerse a los hechos; el método que sugiere es de tipo hipotético-deductivo, que sólo gozaría de amplio predicamento varios años más tarde. Como toda forma de conocimiento de la realidad, el método científico consiste en una combinación entre praxis y símbolo, en la que la primera precede al segundo al generar la situación problemática que sirve de acicate al conocimiento. En la procura del conocimiento de la situación problemática, el hombre no se guía por los hechos mismos sino por hipótesis que al contrastarse con la realidad permiten ir construyendo la teoría, la que nunca pierde su carácter hipotético, provisional, pues sólo pueden alcanzarse verdades relativas. Al adoptar el método científico el investigador no sólo conduce su labor de acuerdo a criterios rigurosos sino que rechaza todo dogmatismo y preferencia personal, sometiéndose al veredicto de la experiencia y conformándose con un conocimiento que siempre podrá ser puesto en duda.

El segundo defecto de las ciencias sociales consiste en haber adoptado la creencia de que la neutralidad valorativa es una condición necesaria de la objetividad científica. Si esta creencia se refiere a una supuesta incapacidad del conocimiento científico para analizar valores, su aceptación implicaría desechar gran parte de lo que constituye el objeto de análisis de las ciencias sociales y aceptar implícitamente los valores dominantes. Si ella significa que los científicos no pueden defender valores, los reduce a la importancia impidiéndoles proteger aquellos que --como la

libertad de pensamiento, investigación y expresión - fundamentan su propia actividad intelectual. Los valores deben ser sometidos al análisis racional, como cualquier otro aspecto de la realidad social, y el científico debe sustentar valores, en especial aquellos cuya vigencia hace posible y fortalece al conocimiento científico.

Sin embargo, esta responsabilidad ética que exige a los intelectuales no se debe transformar en 'ciencia militante'; más bien cree que ella debe situarse en el complejo terreno que media entre los inaceptables "extremos de la abstención y la beligerancia" 3/ tratando de realizar el ideal del intelectual que combina el rigor científico con el compromiso social. Esta sugerencia, que data de 1941, es reiterada en 1964 cuando frente a la Universidad 'enclausurada' y a la 'militante' prefiere la Universidad 'partícipe'.4/

El tercer defecto se relaciona con la tendencia que presentan las ciencias sociales a dejarse arrastrar por un exceso de abstracción, creando 'monstruos fantasmales' o 'honorables fantasías' que poco tiene que ver con la realidad cotidiana. Esta tendencia perniciosa al 'alpinismo intelectual' se complica aún más cuando se combina con la 'anarquía del especialismo' que convierte a las varias ciencias sociales en comportamientos estancos. Es cierto que el trabajo científico requiere de la abstracción y de la especialización, pero deben procurarse enfoques que eviten los abusos de la abstracción teórica y la miopía del especialismo infecundo.

En realidad, buena parte del esfuerzo intelectual que realiza Medina antes de su entrada en la CEPAL en 1952 está destinado a reflexionar sobre este problema y a entregar a la sociología un conjunto de enfoques y conceptos que permitan enfrentarlo. A su juicio, los enfoques sociológicos usuales pueden situarse en un ámbito cruzado por dos dimensiones fundamentales. Por

3/ "Reconstrucción de la ciencia social" (1941), en Responsabilidad de la inteligencia. Estudios sobre nuestro tiempo, México, Fondo de Cultura

4/ Económica, 1943, pp. 58 y ss.
"La reforma de la Universidad latinoamericana" (1964), Filosofía, educación y desarrollo, México, Siglo XXI Editores, 1976.

un lado, varían de acuerdo al nivel de generalidad utilizado, dando lugar a enfoques 'generales', referidos a fenómenos que aparecen en todas las sociedades; 'tipológicos', aplicados a ciertos tipos de sociedades; y, por último, 'individuales', que apuntan a fenómenos propios de una sociedad histórica determinada. Por otro, también se diferencian por la orientación teórica que les es típica; en este aspecto Medina distingue dos grandes alternativas: la orientación microsocial, que estudia acciones y relaciones sociales a nivel interpersonal, y la macrosocial, orientada hacia formas sociales de mayor envergadura - grupos, clases, instituciones - a nivel estructural. Sus reflexiones metodológicas suele hacerlas en relación a dos tipos de esta clasificación combinada: el enfoque general e interpersonal, que suele llamar analítico, y el tipológico y estructural, que suele llamar concreto.

La sociología debe trabajar con los dos enfoques pues ambos le son útiles para cumplir su papel integrador de las ciencias sociales particulares y evitar los aspectos negativos de su especialismo. Dado que estas ciencias sociales se concentran en el estudio de acciones y relaciones específicas - económicas, políticas, etc. - la sociología analítica las puede apoyar e integrar construyendo la teoría general de las acciones y relaciones sociales. Medina elaboró con rigor los conceptos básicos de la sociología general analítica, una muestra de los cuales aparece en la versión mecanografiada de las lecciones que dictara en la Universidad de Puerto Rico entre 1946 y 1952. 5/

Pero la sociología no debe olvidar que el enfoque concreto constituye su verdadera 'razón de ser'. La sociedad es un 'todo concreto', o sea, es un conjunto de partes interrelacionadas que posee características

5/ Ellas serán publicadas por el Instituto Iberoamericano de Cooperación con el título La sociología como ciencia social concreta.

históricas peculiares; mediante este enfoque, los fenómenos fragmentarios que estudian las ciencias particulares pueden insertarse en la totalidad - persona, estructura social - en la cual cobran sentido, permitiendo recuperar el carácter global e histórico-concreto de la sociedad analizada.

Por cierto, la sociología que propone Medina no pretende sustituir a las otras ciencias sociales sino sólo colaborar con ellas para alcanzar un conocimiento más integrado de la realidad social, ayudándolas a revisar sus supuestos - sobre acciones y relaciones sociales - y a sintetizar sus hallazgos, poniéndolas en contrato en la base y en la cima de sus construcciones teóricas.

En síntesis, si las ciencias sociales son capaces de brindar un conocimiento teórico y metodológicamente riguroso tanto en la perspectiva analítica como en la concreta, y si el científico social desecha las éticas de la abstención y de la militancia y se propone una fecunda participación en los destinos de su sociedad, ambos podrán cumplir responsablemente con su misión de orientar racionalmente al hombre de carne y hueso en los meandros de su circunstancia social. Si la ciencia social no alcanza a cumplir este papel instrumental sobre sus esfuerzos habrán sido realizados en vano; su saber tiene que ser 'saber de orientación', y esta orientación tiene que estar racionalmente fundada.

2. La concepción del desarrollo

En la década de los 50, ya en la CEPAL, Medina se plantea el problema del desarrollo y vuelca en sus ensayos sobre este tema los criterios de tipo teórico y metodológico que había elaborado en los años anteriores. Por un lado, concibe al desarrollo como un proceso de cambio social total que en su dinamismo afecta en mayor o menor medida a todos los aspectos o partes de la estructura social; siendo un fenómeno total -en cierto modo es la realidad social en su totalidad la que está cambiando - debe ser abordado con un enfoque 'integrado' que respete ese carácter, y la naturaleza de la integración entre las disciplinas sociales debe seguir las pautas ya mencionadas. En efecto, las ciencias particulares recortan su parcela de la realidad y la analizan en profundidad mientras que la sociología las apoya con sus elaboraciones conceptuales de tipo general (sociología analítica) y les brinda el marco global histórico-concreto en el cual pueden insertar sus hallazgos parciales (sociología concreta).

Por otro, el desarrollo como proceso de cambio presenta una dirección determinada pues es manifestación del proceso general de racionalización que conduce hacia la constitución de la 'sociedad industrial'; sin duda, él constituye la tendencia más fuerte y universal de nuestro tiempo. Pero así como es una tendencia real del proceso histórico, el desarrollo es también un objetivo procurado expresamente por los actores sociales; conforma y constriñe a los hombres y, a su vez, dentro de ciertos límites, es modelado por ellos. En sus reflexiones sobre el desarrollo como tendencia objetiva y aspiración subjetiva, Medina reitera su idea de la historia, en la cual coexisten condiciones inescapables junto a un margen de decisión y

libertad humana; el desarrollo como todo proceso de cambio, pasa por la conciencia humana y por ello, y en última instancia, es imputable a decisiones y responsabilidades humanas.

Sobre la base de esos dos rasgos de su concepción del desarrollo, Medina define el papel que le cabe al sociólogo en ese proceso; así, insiste en la contribución que los enfoques sociológicos analíticos y concretos podrían brindar a las disciplinas especiales en el afán por constituir una concepción integrada, y en la participación que aquél debe tener en la hora de la discusión y elección de alternativas. Sus principios básicos deben ser el rigor científico, la orientación instrumental y la responsabilidad participante.^{6/}

Cuando Medina profundiza la concepción del desarrollo como manifestación del proceso general de racionalización busca orientación en Max Weber pues considera que éste ha sido quien mejor ha formulado tanto el tipo ideal histórico del origen y formación de las economías desarrolladas occidentales como el modelo o paradigma teórico de la estructural social 'liberal-capitalista'. Y durante un período -finales de los años 50- Medina comparte la idea weberiana de que el núcleo del desarrollo, en tanto manifestación del proceso general de racionalización, es la racionalidad económica y, por lo tanto, debe concentrarse la atención en las condiciones que han hecho posible el surgimiento, despliegue, funcionamiento y mantenimiento de esa racionalidad pues en ellas está la raíz histórica del capitalismo liberal. Esas condiciones, como la libertad de mercado, la competencia plena, la completa apropiación por la empresa de los medios materiales de producción, la libertad de

^{6/} "El papel del sociólogo en las tareas del desarrollo económico" (1958), Aspectos sociales del desarrollo económico, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1959

contrato, y otras, constituirían el armazón de una estructura social en la cual podría crecer y expandirse el cálculo económico racional.

A esa tesis Medina la denomina el "paradigma weberiano" pues es a la vez interpretación histórica del surgimiento del capitalismo, teoría analítica de los componentes básicos de la estructura social liberal, y modelo normativo del tipo de sociedad que debería configurarse si se desea abrir el cauce al desarrollo económico.

Sin embargo, la seducción que le provoca el paradigma weberiano, aumentada por las sugerencias teóricas de pensadores influyentes en aquellos años, como T. Parson y W. Moore, no perdura en el pensamiento de Medina pues advierte, que el desarrollo de América Latina no puede orientarse por la imitación de otras experiencias o de modelos basados en la historia de otras realidades. Es cierto que pese a su rechazo del paradigma weberiano sigue concibiendo al desarrollo como manifestación del proceso general de racionalización y, en consecuencia, como un proceso que fundamenta su dinamismo en ciertas orientaciones de la acción de actores sociales importantes que surgen, se difunden y predominan si cuentan con las condiciones apropiadas. Pero ya no caerá en el error "inocente, si no fuera peligroso" de sugerir modelos supuestamente generalizables; en la CEPAL de aquella época se rechazaba con fuerza el "falso sentido de universalidad" de la teoría económica liberal (según la frase de R. Prebisch) y es muy probable que ello haya influido para que Medina reflexionara críticamente sobre la "invalidación histórica del paradigma weberiano".

Esa invalidación se entronca directamente con sus exploraciones sobre la razón, ya que "ha consistido en su esencia en el mayor o menor abandono del principio de la racionalidad formal y su sustitución en todo o en parte por principios de racionalidad material o funcional"^{7/}; así, ya no concebirá

7/ "Las relaciones entre las instituciones sociales y las económicas", en Filosofía, educación y desarrollo, op. cit., p. 277.

al desarrollo económico como el resultado exclusivo de la procura del interés privado por agentes que se guían por la racionalidad formal de su propio cálculo económico ya que en él también desempeña una función decisiva la acción político-económica racionalmente orientada por medio de la planeación.

Antes de penetrar en este último tema conviene señalar que a partir de su rechazo del paradigma weberiano --que sólo corresponde a un tipo de sociedad en un momento dado de su historia-- Medina bifurca sus análisis del desarrollo en distintos niveles, que corresponden a los enfoques analítico y concreto ya mencionados.

Por un lado, acepta la sugerencia de los economistas de que existe un mecanismo esencial del desarrollo, definido en un alto nivel de generalidad y abstracción, cuya estructura y dinámica básicas están compuestas por las relaciones entre progreso técnico, acumulación de capital y aumentos de la productividad del trabajo y del producto social. Sobre esa base plantea varias cuestiones importantes, desde el punto de vista sociológico, entre las que destacan la exploración de las condiciones motivacionales, sociológicas y políticas que favorecen el despliegue de aquel mecanismo; el estudio de los grupos sociales que podrían liderar el proceso y de aquellos sobre los cuales podría recaer el peso del esfuerzo de acumulación; y la determinación de los objetivos fundamentales del mismo, tema este último sobre el cual propone su "desarrollo para el hombre"^{8/}.

Por otro, penetra en la historia de América Latina con el fin de responden a las interrogantes anteriores de manera concreta, y poder discernir así cuales son las potencialidades y falencias que presenta la estructura social de esa región ante el desafío del desarrollo. La conclusión de su

8 / Véase, en especial, "El desarrollo y su filosofía", Filosofía, educación y desarrollo, op. cit.

diagnóstico es ambivalente pero igual lo finaliza con la esperanza de que "Nuestra América hará da sé"^{9/}.

Mediante ambos tipos de estudios, realizados sobre todo en la primera mitad de la década de los años 60, Medina se constituye en uno de los pensadores más influyentes de América Latina en el campo de la teoría del desarrollo.

En ellos ya se advierte que las preocupaciones intelectuales en que se concentrará a partir de la segunda mitad de los sesenta se refieren a los aspectos políticos del cambio social, sobre todo a las instituciones y procesos relacionados con la toma de decisiones y al papel que la racionalidad puede y debe jugar en ellos. así, penetra en el tema de la planeación y de las formas de la racionalidad que le acompañan, lo que le permite destacar la necesidad de combinar las racionalidades técnica, funcional y política, y los peligros que encierran su empleo unilateral y sus excesos. En el mismo sentido, explora algunos tipos históricos de racionalidad política, tema que lo conduce con rapidez hacia el estudio de las relaciones entre desarrollo y democracia y a la formulación de su utopía de la sociedad democrática.

^{9/} La principal manifestación de este enfoque aparece en Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico, Solar/Hachette, Buenos Aires, - 1964.

3. Las formas de la racionalidad en la planeación

El desarrollo económico implica, en tanto proceso relativamente abierto a la decisión humana, optar entre alternativas técnico-económicas, políticas y sociales, y Medina subraya una y otra vez, desde el inicio de su sociología del desarrollo, que en la elaboración, decisión y ejecución de esas elecciones la planeación debe jugar un papel fundamental; de hecho, la planeación es una forma peculiar de ver el desarrollo económico, que acentúa sus componentes políticos al considerarlo como un proceso de toma y ejecución de decisiones. Pero el atractivo mayor que el tema de la planeación tiene para Medina consiste en que por su intermedio vuelve a dialogar con algunos de sus interlocutores predilectos: con Comte y su esperanza de lograr un ordenamiento racional de la sociedad; con Weber y su visión profética de un mundo desencantado, donde los desbordes de la razón instrumental amenazan la libertad del hombre; con Mannheim y su concepción de la planeación como instrumento de una transformación total de la sociedad que procure la ampliación y sustento de la libertad ^{10/}.

El conjunto de actividades que compone la planeación económica incluye, en mayor o menor grado, los tipos de racionalidad más importantes cuyos portadores sociales son los técnicos, burócratas y políticos. Por cierto que cada uno de ellos participa en algún grado, durante el desempeño de su actividad, de todos los tipos de racionalidad, pero uno de ellos les es propio, define lo típico de su papel en la planeación

El técnico se orienta en especial por la racionalidad técnica que es aquella que procura, en lo esencial, brindar los medios más adecuados para alcanzar un fin, o dados ciertos medios, trata de maximizar el resultado, o intenta prever las consecuencias de una acción. En su

^{10/} El ensayo más logrado sobre este tema es "La planeación en las formas de la racionalidad", Discurso sobre política y planeación, Siglo XXI, Editores, México, 1972.

actividad presta atención preferente a los medios o instrumentos para el logro de fines que él no ha decidido. Los fines y metas, la imagen futura de la sociedad que se pretende alcanzar, los criterios que orientan el diagnóstico, no han sido establecidos por él, que se limita a elaborar modelos o estrategias de acción de acuerdo con orientaciones que le fueron otorgadas de antemano.

El burócrata se guía en su quehacer racional por determinados "procedimientos" prescritos por normas y reglamentos; por supuesto que también conoce acerca de la realidad de las cosas implicadas en su actuar, pero su racionalidad típica es la "funcional", que ordena la realización de una actividad de acuerdo con ciertos procedimientos administrativos cuyo establecimiento y cambio escapa, en última instancia, a su estricta competencia. El político desarrolla en su quehacer una racionalidad "política" que se desdobra en dos formas; por un lado, tiene la misión principal de tomar las decisiones sobre los fines que orientan la planeación en su conjunto; y, por otro, debe ordenar de manera racional el funcionamiento de todo el proceso de negociación y compromiso vinculado a la toma de decisiones.

Medina afirma que cada forma de racionalidad encierra su propia utopía y a él le interesa destacar, para negarlas, a las utopías burocráticas y tecnocrática de la planeación.

El componente utópico de ambas consiste justamente en que pretende concentrar el poder implicado en el proceso decisorio de la planeación en manos de sus respectivos soportes sociales: los burócratas y los técnicos. La utopía burocrática sostiene que a la burocracia debe corresponderle el papel decisorio en la planeación, pues ésta no puede funcionar eficazmente sin el aparato racional que aquélla le brinda; en la práctica la expansión y consolidación de la administración racional acompañan y apuntalan la formación del Estado moderno y el desarrollo de la economía. Pero los

técnicos y científicos sostienen que ellos, o la ciencia y la técnica por sí solas, tiene por lo menos tantos antecedentes como la burocracia para dirigir la planeación; para verificar esa afirmación bastaría dar un vistazo al papel que ambas han desempeñado en el proceso económico y político de los últimos años.

La realización de una u otra de las utopías no es tarea simple pues aquellos agentes deberían cumplir algunas condiciones sociopolíticas y cognitivas difíciles de alcanzar en la situación actual. Por un lado, deberían poseer la capacidad para imponer su supremacía intelectual, sea de la burocracia o de la tecnocracia, para lo cual tendrían que demostrar, de manera irrefutable, que el conocimiento que alcanzan es absoluto y suficiente. Por otro, deberían convertir esa supremacía intelectual en supremacía política, imponiéndose a los otros grupos que también pugnan por ella; y finalmente, sería imprescindible que legitimaran el orden sociopolítico resultante, que estaría compuesto por una élite esclarecida --burocrática o tecnocrática-- y la masa subordinada.

De todos modos Medina trata con detalle ambas utopías, pues ellas están presentes en muchos de los análisis prospectivos que se realizan en los países desarrollados y ocupan el centro de muchas polémicas sociológicas y filosóficas. Además, quiere arrojar algunos dardos a quienes en América Latina --y no son pocos-- tienen ilusiones tecnocráticas o burocráticas. La ciencia, la técnica y la administración juegan, en opinión de Medina, un papel fundamental en la planeación pero, al menos por el momento, no pueden ilusionarse con alcanzar a corto plazo el monopolio del poder y, menos aún, creer que por su intermedio podrá cumplirse la esperanza de pasar de las relaciones de poder entre los hombres a la administración de las cosas.

Frente a las pretensiones de ambas utopías Medina reafirma su propia utopía de la planeación democrática que se fundamenta en el componente político que las otras creen poder superar y sostiene que el poder decisorio en la planeación tiene que radicar, en última instancia, en el pueblo y en sus representantes políticos. Como versión extrema, que desecha el papel de los científicos, los técnicos y los burócratas, es evidentemente irrealizable. Pero en cuanto a su tesis sobre quienes son los depositarios últimos del poder político tiene mucho mejores argumentos y antecedentes que las otras utopías para fundamentar su principio de legitimidad.

La cuestión concreta que interesa cuando se juzga la posibilidad de la planeación democrática es ¿puede insertarse la planeación, con las técnicas y mecanismos institucionales que le son propios, en el sistema democrático? Medina responde afirmativamente, pues cree que existe compatibilidad entre sus estructuras o funciones políticas. En efecto, afirma que tienen en común algunas funciones políticas muy semejantes, tales como articular valores y vincularlos a las metas perseguidas y a los medios para alcanzarlas; sostener y posibilitar la comunicación sociopolítica a través de la participación; descubrir lagunas e insuficiencias en los recursos y, por lo tanto, orientar su creación y asignación racional; y además, constituirse en símbolos de legitimidad que orienten las actitudes de la población.

Pero, en especial, la democracia es un sistema de opción que articula las alternativas que se enfrentan en todos los campos importantes de la vida de una sociedad y brinda los canales para participar en las decisiones que a ellas se refieren, y no existe ningún impedimento estructural para que pueda incluir también las opciones económicas propias de la planeación en su mecanismo institucional. Como es obvio, Medina no niega que existan dificultades concretas en este proceso, pero insiste en que ellas no derivan de una supuesta incoherencia entre los principios básicos que orientan tanto a la democracia como a la planeación. Sin embargo, la coherencia entre las

instituciones y mecanismos de una y otra --su "parentesco estructural"-- no debe buscarse sólo a nivel del parlamento y del aparato estatal central, pues también importa la relación de la planeación con los grupos de interés económicos, sociales, regionales y comunitarios en todos los momentos de la elaboración y ejecución de los planes. De todas maneras, Medina cree que mientras el sistema de partidos funcione de modo aceptable debe constituir la arena principal donde se enfrenten las opciones fundamentales.

En síntesis, si se excusa una quizá excesiva simplificación del pensamiento de Medina en este complejo tema, puede afirmarse que al reflexionar sobre esas distintas racionalidades él retorna a sus problemas existenciales -- más profundos. En primer lugar, expresa sus temores acerca de un crecimiento ex pansivo de las racionalidades técnica y funcional que termine en la imposición de sus criterios --la "eficiencia" burocrática e instrumental en ámbitos de la vida que deben regirse por sus propios y autónomos valores. En este sentido, sub raya reiteradamente el papel impescindible de la política en la planeación como afirmación decisiva de un contenido de valor y de una esperanza de racionalidad material; nada es más extraño a sus creencias que la supuesta "futilidad de la política". En segundo lugar, expresa su defensa de los principios democráticos en tanto criterios básicos que deben estructurar y orientar esa necesaria racionalidad política.

Los innegables desafíos que ha provocado el despliegue de la razón han llevado a muchos filósofos y sociólogos --y también a muchos movimientos de protesta juveniles-- a sostener que la sociedad industrial se encamina hacia un callejón sin salida como consecuencia del predominio ilimitado de la razón técnica que, habiendo desbordado el ámbito que le es propio, pretende dominar todas las actividades humanas en desmedro "... de otras formas de razón, no sólo la histórica y vital, sino de aquella única

originaria y abarcante que fundamenta la permanente reflexión crítica del hombre sobre sí mismo y sobre sus propias creaciones: la Razón que dio vida al pensamiento ilustrado de antiguos y modernos" 11/.

Ante esa organización social "unidimensional", que amenaza destruir toda libertad humana, sólo parecen posibles una "radical resignación" o "una actitud desesperada resuelta a resolver básicamente el problema de una vez por todas". Medina no está de acuerdo con ellas; admite que el proceso de racionalización tiene efectos sociopolíticos indeseables, pero ante ellos no cabe la resignación ni la destrucción apocalíptica. La tarea, más bien, consiste en poner en marcha sin tregua una poderosa imaginación creadora capaz de inventar oportunamente los distintos instrumentos --políticos y económicos de negociación y compromiso-- capaces de superarla de manera eficaz" 12/.

El proceso de racionalización es una tendencia universal de nuestro tiempo que ha permitido paliar los azotes de la miseria y la muerte prematura. No se puede volver atrás negando el progreso. Pero tampoco la prosperidad basta por sí sola y por ello deben controlarse los excesos de esas manifestaciones de la razón y luchar contra las ambiciones del tecnocratismo, el economicismo y la burocratización. En esa lucha debe evitarse la desesperación; afortunadamente el científico, el técnico y el político pueden estar bien preparados -- si han aprendido a respetar los dictados de sus propias racionalidades que les enseñan la distancia que media entre lo que puede desearse y lo imposible. Si han madurado sabrán que la esperanza de una sociedad mejor descansa en "el análisis riguroso de la inteligencia científica, la ponderación crítica del discurso ilustrado y la orientación pragmática de la prudencia como razón política" 13/.

11/ Discurso sobre política y planeación, op. cit., p. 87.

12/ Ibidem., p. 92.

13/ Ibidem., p. 92.

4. Desarrollo económico y democracia

La defensa de la utopía de la sociedad democrática constituye el leit motiv de la que, a la postre, sería la etapa final de su labor intelectual.

Atisbos de ella existen por cierto en toda su obra, pero desde principios de la década de los años sesenta comienza a afirmarse como su preocupación principal que ya no lo abandonará jamás.

Dentro de su sociología del desarrollo el tema de la democracia aparece planteado inicialmente ya en 1960, en relación a las condiciones institucionales que hacen posible y fundamentan los supuestos sociales básicos -motivacionales y de comportamiento- que subyacen a todo proceso de crecimiento económico. Esas condiciones institucionales, económicas y políticas, pueden ser de naturaleza muy diversa - variaciones entre los tipos extremos de capitalismo y socialismo - pero es imprescindible que posean un mínimo de continuidad y de coherencia entre sí.

Las racionalidades que estructuran y guían a las instituciones económicas y políticas deben ser compatibles, ese es el principio funcional que orienta su análisis político inicial. Si se acepta el predominio de los valores económicos en el desarrollo, y se asumen como prioritarios sus requisitos técnico-económicos, el problema consiste en determinar los tipos de organización política que son incompatibles. Sin duda hay tipos de organización política que son incompatibles con el desarrollo económico, como, por ejemplo, el autoritarismo tradicional y el populismo, los cuales, aunque lo desearan, no constituyen instrumentos políticos idóneos porque a menudo no pueden superar la incapacidad, corrupción, confusión ideológica y otras dificultades que debilitan su racionalidad tanto a nivel ideológico

como de las instituciones estatales. En términos generales, la historia de los últimos siglos indica que han existido dos tipos genéricos de organización política compatibles con el desarrollo económico: la democracia liberal, con sus variantes 'originaria' y 'pluralista', y el autoritarismo modernizante que incluye desde los regímenes carismáticos de muchos países subdesarrollados hasta las democracias populares de tipo socialista.

Empero, un punto de vista apropiado de la relación entre desarrollo económico y democracia tendría que percibirla tanto desde el ángulo de los valores económicos como de los políticos. O sea, si es lícito plantearse la cuestión de cuáles son los tipos de organización política compatibles con tales y cuales objetivos de desarrollo económico, también lo es la que se pregunta por los tipos de organización económica coherentes con un orden político democrático. Entonces, esta relación "... lo mismo puede plantearse como un análisis de las condiciones políticas del desarrollo como a la inversa: un análisis de las condiciones económicas de un orden político determinado, democrático en este caso..."^{14/}

La democracia es uno de los tipos de organización política compatibles con el desarrollo económico, pero ¿qué debe entenderse por democracia? Así como no hay un modelo único de desarrollo económico tampoco existe un modelo único de democracia; pero así también como todos los tipos de desarrollo económico tienen un mecanismo esencial que les es común, la democracia tiene sus principios fundamentales sin cuya presencia deja de ser lo que es. Esos principios se refieren a la existencia de un mínimo de representación política y acatamiento a las sanciones de la opinión pública, a una participación social efectiva, y a la existencia y mantenimiento de los derechos individuales. La participación política a que alude el primer

^{14/} En "Discurso sobre política y planeación", en el libro del mismo nombre, Siglo XXI Editores, México, 1972, p. 7.

principio puede variar y ha variado en sus formas a lo largo del tiempo, pues la democracia individualista ha dado lugar a la 'pluralista'. Esta última, única posible en la actualidad, consiste "... en esencia, en la aceptación política de la realidad social como un conjunto de grupos muy diversos, cada uno con distintos intereses y, por tanto, con inevitables conflictos y discusiones entre ellos, pero que se someten a la norma común para buscar en cada caso el convenio y compromiso más adecuado, a sabiendas, naturalmente, de su carácter temporal. 15/ Pero la participación política pluralista, con sus variadas formas de representación formales e informales, tampoco agota la participación que la democracia requiere. Esta participación debe ser también de naturaleza social, como la indica el segundo principio, y a través de grupos intermedios como la comunidad, el sindicato y la empresa, debe estimular la ampliación del horizonte vital de los ciudadanos hasta abarcar al Estado y sus conexiones internacionales.

Finalmente, el tercer principio subraya el 'contenido liberal' de la democracia, sus supuestos jusnaturalistas', o sea, la doctrina "...de que todos los individuos como personas tienen derechos propios e inalienables aparte e independientemente de cualquier forma de participación: derechos naturales, civiles, políticos y sociales..." 16/

Su definición es, entonces, democrático-liberal, pues al componente propiamente democrático de la participación política y social, une el componente liberal constituido por los derechos naturales y por el 'estado de derecho', que es el imprescindible garante de éstos. Ambos componentes resumen, escuetamente, sus valores fundamentales, los que permiten que la existencia en sociedad sea digna de ser vivida.

15/ Consideraciones sociológicas..., op. cit., p. 153

16/ Discurso sobre política y planeación, op. cit., p. 43

No resulta difícil aceptar que la democracia política y el desarrollo económico son sistemas compatibles, pues existen muchos ejemplos históricos que así lo demuestran. Sin embargo, no es válido deducir, a juicio de Medina, que esa observable relación empírica entre riqueza y democracia signifique que la riqueza produce la democracia; o, dicho de modo más complejo, que cuando el nivel de desarrollo económico alcanzado es alto es posible distribuir más equitativamente los ingresos, el acceso a la educación y otras oportunidades económicas y sociales, y reducir las tensiones internas, contribuyendo de manera decisiva a establecer las condiciones necesarias y suficientes para la existencia de la democracia.

Medina no niega que esas condiciones económicas y sociales puedan tener efectos políticos y favorables para la democracia, pero cree que ésta se fundamenta en sus propios valores, en sus 'vigencias intangibles' -para decirlo a la manera de Ortega- que no son en caso alguno mero subproducto o consecuencia de las condiciones o valores económicos. Lo que al principio sugiere débilmente lo afirma con energía en sus últimos escritos: las ideas liberales y democráticas tienen su origen en las concepciones jusnaturalistas, y por lo tanto son anteriores e independientes en su origen a las relativas al desarrollo económico capitalista o socialista; no fueron formuladas ni definidas en función del desarrollo económico, ni tampoco se propusieron fomentarlo de modo directo. Aquellas ideas constituyen creencias sobre la legitimidad política; son, si se quiere, una ilusión, pero tienen una considerable autonomía con respecto a las condiciones económicas. Por ello, a la relación 'materialista' entre riqueza y democracia opone la 'idealista' que insiste sobre todo en el valor de las creencias, en "el peso de seculares vigencias intangibles". Muchos factores contribuyen a debilitar o fortalecer los valores y comportamientos

democráticos - como lo demuestra el análisis histórico comparado , pero ninguno de ellos puede ser erigido en su causa única. Entre las condiciones estructurales y los resultados históricos - recuérdese una vez más esta tesis central de Medina - está la mediación humana con su decisión valorativa.

Esta defensa de la democracia por lo que ella representa en sí, como valor socio-político, lo impulsa a rechazar cualquier concepción que intente fundamentar su legitimidad sobre otras bases, y subraya que la democracia se debilita considerablemente, en tanto principio de organización política, cuando se le quitan sus fundamentos jusnaturalistas, los valores propios que le dieron origen y sentido, y se la pretende justificar sólo por su utilidad como medio para lograr cualesquiera otros fines políticos o económicos.

Desde fines de los años sesenta las dificultades que enfrentan los regímenes reformistas en América Latina, y la realidad de los gobiernos autoritarios, debilita las más sólidas esperanzas, y aquellos teóricos de la modernización que creían posible el logro relativamente paralelo del crecimiento económico y la democracia comienzan a poner en duda que instituciones democráticas que entonces consideran incipientes, inestables e inmaduras puedan sustentar un crecimiento económico acelerado y soportar las transformaciones que le son inherentes. Ante esa perspectiva, y convencidos que un nivel mínimo de desarrollo económico es condición necesaria para alcanzar una democracia estable, creen que lo más adecuado sería organizar los sistemas políticos en base a la 'movilización', o sea, a una organización y puesta en marcha de todos los recursos humanos disponibles de una manera que no excluya la compulsión política, si se la considera necesaria para alcanzar los objetivos económicos. De hecho, proponen el sacrificio de las instituciones

políticas democráticas en favor de la eficacia económica convencidos que el régimen autoritario sería un episodio pasajero pues el proceso histórico - así suele afirmarlo el evolucionismo de la teoría de la modernización - llevaría al logro inexorable de la riqueza y la democracia.

Medina también rechaza con energía este punto de vista. Por un lado, y de acuerdo con lo ya dicho, discrepa con el economicismo de esta tesis que subordina el logro de los valores democráticos al crecimiento económico; por otro, insiste en la tesis weberiana de que un orden político estable no puede sustentarse sólo en la coerción, sino que también requiere el consentimiento espontáneo de los gobernados, su autodisciplina. Esto último es evidente cuando se analiza la experiencia histórica de los regímenes autoritarios orientados al desarrollo económico, que muestra que la misma acción transformadora de éstos en lo económico y educacional diversifica la sociedad facilitando la emergencia de formas de conflicto y aspiraciones a la democratización semejantes a las que supuso que el Imperio. Entonces, ¿por qué no tomar en cuenta esta experiencia antes de tirar por la borda las instituciones democráticas? Finalmente, esta tesis parece tener una validez variable de acuerdo al nivel de consolidación de los valores e instituciones democráticas en cada país y momento dados; en efecto, parece aún más penoso e inapropiado desbaratar instituciones y ordenes democráticos cuando ellas - como en muchos países de América Latina - tienen ya muchos años de maduración. Pero Medina es consecuente hasta el final aun en aquellos casos de escasa o nula tradición democrática convendría iniciar el camino del desarrollo de la mano de la democracia, pues, como lo enseñan muchos casos históricos, cuando los ideales democráticos son fuertes pueden ayudar a soportar las trizaduras y desajustes sociales y políticos que produce el crecimiento económico por sus vaivenes y por las transformaciones estructurales que trae aparejados.

En suma, si Medina se hubiese permitido dar un consejo habría dicho que en la circunstancia actual de la cultura occidental

lo más importante es defender los valores y las instituciones democráticas tanto de sus enemigos tradicionales como de quienes, creyendo defenderlos, equivocadamente los postergan para un futuro incierto, cuando se darían las condiciones propicias económicas y sociales para su establecimiento. Ser demócrata significa defender ahora sus principios intrínsecos, luchando por su efectiva recuperación. Si existen desajustes institucionales porque el parlamento, los partidos, el sistema electoral o cualquiera otra de las instituciones no funciona adecuadamente, deben introducirse las reformas necesarias en ellas y no desechar los principio en que se basan. Si se produce una 'sobrecarga' de demandas como consecuencia de la participación política creciente favorecida por los cambios económicos y sociales, la solución no consiste en suprimir represivamente algunas de ellas, sino en educar a la ciudadanía para "suscitar una conversión de las actitudes, hoy deterioradas o francamente pervertidas de los individuos y otras unidades sociales frente al Estado". 17/ Finalmente, si el pluralismo democrático produce conflictos, debe recordarse que "toda concepción democrático-liberal del sistema político tiende a aceptar ... como su punto de partida la existencia de contraposiciones de intereses y de posturas ideológicas, que irreductibles al imperio de una solución definitiva, al dictado de una verdad absoluta poseída en cuanto tal, sólo pueden alcanzar arreglos transitorios, históricamente suficientes en su sucesiva ampliación, logrados por medio de acuerdo, el compromiso y la atenuación mutua de los extremos incompatibles. 18/

17/ "Apuntes acerca del futuro de las democracias occidentales", en Revista de la CEPAL, n°4, segundo semestre de 1977, p. 135.

18/ Ibíd., p. 129

5. La esperanza de la paz

El balance implícito que realiza Medina en sus últimos escritos, lo convence de que existen en la actualidad problemas y enfoques que responden a los desafíos específicos del presente, pero también percibe que ellos guardan - tampoco podía ser de otro modo - una estrecha relación con las preocupaciones y esfuerzos intelectuales y políticos que enraízan desde hace mucho en el núcleo de la cultura occidental.

Pero en sus años postreros se convence que el problema de la paz destaca sobre los demás y los condiciona; su tesis es que todas las cuestiones importantes de la era actual dependen de cómo se logre y perfeccione la paz mundial. El problema, obviamente, no es nuevo, y el mismo Medina ya se había ocupado del mismo hacia el final de la segunda guerra, 19/ pero ahora vuelve a enfrentarlo con renovados bríos, consciente de los peligros que encerraría una guerra total.

De esta manera, destina buena parte de sus últimos esfuerzos a analizar los cambios acaecidos en las relaciones internacionales en los últimos decenios, y lo hace de un modo que guarda algunas semejanzas formales con el que esbozara en relación al desarrollo en América Latina. En efecto, esos cambios son concebidos como si tuviesen una tendencia principal, que es la transición de la estructura de relaciones de la guerra fría a la propia de la distensión (détente); y esta última, como el desarrollo, es tanto una tendencia histórica, un proceso en marcha, como un ideal por el cual vale la pena luchar y que sólo se alcanzará a través del esfuerzo humano.

La estructura de relaciones propia de la guerra fría se basa en el enfrentamiento entre los dos contendientes principales, que asume el carácter de antagonismo total. La disuación del enfrentamiento abierto

19/ Consideraciones sobre el tema de la paz, Banco de México, 1945. Su ensayo más logrado sobre el tema es "América Latina en los escenarios posibles de la destrucción", Revista de la CEPAL, N°2, Segundo semestre de 1976.

entre ellos radica en su 'paridad' militar y en el temor compartido por ambos ante lo que sería su inevitable resultado; el 'holocausto' de la humanidad. Ambos contendientes representan y difunden sistemas socio-económicos que perciben como absolutamente antagónicos, lo que otorga una rigidez dogmática a las ideas e instituciones -ambas se 'pilarizan' - que orientan toda política interna y externa. Esa inflexibilidad, que afecta no sólo a los contendientes principales, sino a los muchos que no pueden sustraerse a su influencia, y la amenaza nuclear, no impiden, sin embargo, que ambos obtengan señalados éxitos en su crecimiento económico, producto quizá de su "declarada amulación".

La distensión significa un aflojamiento general de la tensión a nivel internacional y el establecimiento firme de las bases de una paz duradera. A juicio de Medina, en los últimos años se fue reduciendo un tanto la tensión y se dieron pasos positivos hacia la distensión -recuérdese que su último ensayo sobre el tema fué escrito en 1976 - pero todavía está vigente la posibilidad objetiva de un estancamiento (distensión competitiva), de un retroceso hacia estadios anteriores propios de la guerra fría (distensión conflictiva), o de un avance hacia una paz duradera y armónica (distensión cooperativa).

Medina pone toda su esperanza en esta última, pero no la concibe como un estadio final permanente y absoluto, sino como una meta cuyo logro no sólo sería valioso en sí mismo, sino que abriría nuevas perspectivas económicas, políticas y culturales a nivel internacional y nacional.

Desde el punto de vista de las relaciones políticas internacionales permitiría superar el viejo esquema de las políticas de seguridad basadas en la defensa de la soberanía nacional en favor de una orientación globalista o universalista que procure una efectiva interdependencia mundial; la consolidación de esta tendencia haría posible tanto una creciente flexibilidad en

las acciones internacionales - 'desatelación' - como la instauración y reforzamiento de autoridades mundiales en cuestiones problemáticas, y la reducción de las guerras localizadas. En cuanto a las relaciones económicas internacionales, las consecuencias más importantes se manifestarían en una general actitud cooperativa, en la ampliación del mercado internacional y en el predominio de las relaciones multilaterales sobre las bilaterales. En los ámbitos nacionales produciría dos efectos de la mayor significación: por un lado, la concordia internacional favorecería la formación y consolidación de regímenes democrático-liberales; y, por otro, contribuiría a la "descentralización ideológica". Esta última, al resquebrajarse la anterior rigidez, impulsaría la búsqueda y aplicación de nuevas ideas y políticas en las estrategias de desarrollo y permitiría la aplicación de medidas más flexibles, pragmáticas y adaptables a condiciones particulares.

En suma, la consolidación de la distensión significaría tanto que los asuntos internacionales han sido conducidos por la prudencia de la razón política como la condición para que ésta pueda seguir imperando en el futuro. Desafortunadamente, los sucesos recientes parecen indicar un serio retroceso, con sus secuelas de irracionalidad, satelación, rigidez y persecución ideológicas, autoritarismo político y, quizá, guerra.

2^a de
o/m.

UNIVERSIDAD, INTELIGENCIA E IDEOLOGIA

Notas para discusión

Jorge Graciarena

Para el Simposio de homenaje a José Medina Echavarría organizado conjuntamente por el Instituto de Cooperación Iberoamericana y la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) y con los auspicios de la UNESCO, a realizarse en Madrid los días 1^o y 2 de julio de 1980.

I

1. Si la universidad ha de ser la "más clara conciencia de la época" - como en uno de sus trabajos acotaba Medina Echavarría 1/ - tendrá por fuerza que ser ella misma una parte de la inteligencia y compartir sus responsabilidades. Su misión será por consiguiente la de orientar en situaciones de crisis y comprometerse con la búsqueda de salidas que permitan superarlas. "La mas alta entre las 'peculiares' creaciones de occidente, la universidad, nació en cuanto 'institucionalización de la inteligencia'" (154) añadía Medina poniendo el acento en la estrecha vinculación existente desde los orígenes mismos de la universidad occidental con la inteligencia. Es precisamente esta particular relación - su índole y variaciones históricas - lo que se explora someramente en las notas que siguen, que no tienen otra pretensión que la de aportar elementos para una discusión.

2. Si se acepta en algún grado la idea de Toynbee - tan gráficamente expresada con sus metáforas - de que los momentos históricos de cambio son como "ríos revueltos" que van dejando "cabos sueltos", en que para que haya una "salida" ellos - todos o sólo algunos - deben ser anudados en torno a algún nuevo principio organizador, capaz de servir de núcleo y cemento de una nueva fase histórica (civilización, cultura, o lo que sea), se advierte que en ella está implícita la importancia de la función intelectual en la resolución de estas crisis objetivas.

1/ Todas las referencias que siguen a trabajos de José Medina Echavarría proceden de su libro Filosofía, educación y desarrollo (México, Siglo XXI, 1967).

3. Lo que aquí se denomina función intelectual comprende una gama muy vasta de actividades que pueden ser ejercidas por muy diversos agentes de acuerdo con las circunstancias en que aquélla se produce y la índole que asuma. Sea lo que fuere, cabe reconocer sin embargo que en la cultura occidental esta función intelectual ha tendido a mantenerse concentrada alrededor de algunas instituciones, grupos e individuos que la han ejercido con más intensidad, profundidad y sentido de orientación que otros actores sociales. Dicho esto sin perjuicio de la contribución de todos - aunque con sentidos siempre contradictorios y conflictivos - a la resolución de la crisis (si es que se logra). Empero y para abreviar digamos que en la tradición occidental la función intelectual ha estado principalmente centrada en la universidad y en la inteligencia representada ésta por un conjunto de intelectuales independientes de formas particulares de institucionalización y dependencia orgánica con las estructuras de poder. Muchas veces esta intelectualidad ha reflejado los intereses de clases en ascenso con más altos niveles culturales, de grupos educados migratorios y sectores minoritarios culturalmente diferenciados. Cualquiera que sean estos desajustes estructurales, ellos permiten una mayor perspectiva y conciencia de la realidad, a la que por la fuerza de su situación asumen de un modo crítico.

4. El problema consiste aquí, por lo tanto, en examinar las relaciones de diverso género (complementariedad, convergencia, divergencia, antagonismo) que establecen entre sí estos dos agentes que comparten la responsabilidad principal de la función

intelectual en épocas y procesos de cambio histórico.^{1/} Se trata en primer lugar de enmarcarlas en el contexto de estructuras sociales identificadas de un modo tal que puedan ser reconocidas concretamente en sus conexiones fundamentales con la misma. Cabe también no perder de vista lo que tienen en común y lo que los distingue del orden social vigente, así como las circunstancias sociales que los atraen y los separan de él.

Medina Echavarría mostró una particular preocupación por este problema señalando que sería trágico que la universidad llegara a una situación de divorcio profundo con la intelectualidad independiente y crítica de su tiempo. Y esto porque entendía que a ella también le alcanzaba lo que en uno de sus primeros trabajos denominó "la responsabilidad de la inteligencia". A esta le correspondía - sobre todo a la inteligencia universitaria - la responsabilidad de ser agentes de la racionalización del mundo pero de una racionalización que no cegara las fuentes de la creatividad humana.

5. La conexión entre movimiento intelectual y universidad creativa ha sido uno de los fundamentos principales del desarrollo del pensamiento occidental. Cabe destacar la imposibilidad de lograr una fórmula universal para interpretar estas complejas y diversas situaciones históricas porque ellas no tienen un sentido unívoco. Sin embargo, algo se puede apuntar al respecto. En general, los movimientos intelectuales han fructificado en fases de fractura histórica (la disolución del mundo feudal, la

^{1/} Prefiero utilizar la idea de cambio histórico para referirme a las transformaciones irreversibles de la estructura de poder y de sus fuentes principales de legitimación ideológica y para distinguirlo así de otras clases de cambio social que pueden ser irrelevantes para aquella.

emergencia de la civilización industrial), y en "situaciones de frontera cultural" (la influencia musulmana en España y su gran florecimiento cultural). El impulso inicial del movimiento fundacional de las universidades ^{que} ocurre precisamente en la cuenca mediterránea (Escuela de Traductores de Toledo, Nápoles, Toulouse, Bolonia, Salamanca) tuvo lugar en tales circunstancias históricas, es decir, cuando ambos factores trabajaron acoplados. Así, la animación intelectual que ellas encarnaban procedía en gran parte del medio propicio y estimulante que las rodeaba.

Cabe agregar que estas coyunturas históricas propiciadoras presentaban características conflictuales (guerras, convulsiones sociales) que significaban el cuestionamiento del sistema hegemónico (Gramsci), lo que abría un ancho cauce para el despliegue del disenso constructivo y crítico de los intelectuales. De manera que éste se gestaba naturalmente en respuesta a la progresiva pérdida de legitimidad de los sistemas históricos vigentes que entraban en procesos de rápida caducidad. De ahí que la función principal de la inteligencia haya sido su esfuerzo perenne para tejer el futuro con los "cabos sueltos" del pasado y del presente.

Como intérprete del mundo la inteligencia siente que su misión responde a la necesidad de encontrar una salida - siempre transitoria - a las contradictorias circunstancias que los sistemas históricos no pueden resolver con sus propios medios.

6. Estas circunstancias han puesto a la intelectualidad crítica

en diversas situaciones con la universidad. Separación y aislamiento,

algunas veces, cuando el movimiento intelectual de la época ha encontrado su hogar en la universidad; en otros casos, de indiferencia y alejamiento cuando no de aguda confrontación. Al quedar aislada, la universidad ha perdido parte de su fuerza intelectual y ha tendido a rezagarse en el movimiento de la historia.

II

1. Para situar el problema que se intenta bosquejar, quizá se justifique partir de un truismo: la formación universitaria no ha sido nunca - y sólo por sí misma - un modo de ganarse la vida. Los motivos profundos por los cuales se estudia en la universidad consisten en una difícil amalgama de vocación con profesión en que sin estar disociadas - como^{no}/lo están semánticamente - constituyen no obstante esferas relativamente independientes que se condicionan recíprocamente. Cuando la vocación es la que predomina, la función intelectual suele tener mayor gravitación. Por cierto que esto no significa en modo alguno que la universidad cuando cumple la función intelectual haya estado completamente disociada de los diversos "modus vivendi" existentes en una sociedad concreta. Al contrario, la educación universitaria como formación y capacitación profesional ha sido siempre un recurso productivo, como lo han señalado hasta la fatiga quienes se afilian a la corriente del "capital humano". Pero ocurre que la educación es eso y mucho más, y en su sentido general las funciones que cumple en una sociedad no pueden explicarse meramente por lo que signifique su aporte a la economía aunque en determinadas circunstancias históricas su inserción productiva revista una importancia fundamental, como ha sido evidentemente el caso en los ya dos largos siglos de vigencia de la civilización industrial.^{1/} El punto será tratado luego con más detenimiento.

2. Cuando se piensa más específicamente en las universidades como formando un complejo institucional más o menos estructurado e identificable, es necesario e importante interrogarse sobre su inserción

^{1/} Entendemos aquí a la civilización industrial como un modo de organización de la vida social que se funda en el despliegue dominante de la racionalidad formal (Weber) y en el predominio consiguiente de criterios técnico-científicos en la vida económica y social.

orgánica en el orden social vigente. La clave de esta conexión fundamental se encuentra - a nuestro juicio - en la manera cómo el conjunto más o menos homogéneo de las universidades se relaciona con la estructura y dinámica de las clases sociales y, en particular, con la formación de un sistema hegemónico, esto es, de un régimen político ideológicamente consensual que cuenta por lo tanto con un margen amplio de legitimación social. Esta función ideológica, sea legitimadora o crítica de la universidad, ha sido por lo general insuficientemente destacada en América Latina donde el fenómeno ha tenido características peculiares en cuanto a su importancia y profundidad.

Al mismo tiempo pero en otro sentido importa determinar su relación con los proyectos de cambio que se gestan en el seno de la sociedad y que pugnan, por concretarse aunque sea abruptamente. La conexión de la universidad con los intelectuales se produce en ambos sentidos pero su índole dependerá de cuál sea el tipo de relación con el orden social que prevalezca.

Planteado así el problema, se puede agregar que la conexión de la universidad con la formación ideológica y el sentido de sus relaciones con las clases dominantes constituye el pivote en torno al cual giran sus otras diversas funciones sociales y sus relaciones con la inteligencia.

3. Esta conexión funcional es histórica 1/ y consecuentemente se transforma con la estructura de sociedad y sus relaciones de poder en el curso del tiempo, pero no necesariamente en una secuencia lineal que conserva su sentido esencial.

1/ Así expresado esto puede parecer algo casi obvio, pero el caso es que no siempre se asume correctamente su naturaleza histórica.

La cuestión que se intenta esbozar aquí es que la inserción estructural del orden universitario ha variado con el tiempo, más que todo, debido a las transformaciones de las relaciones de clase y de poder en la sociedad. Por eso mismo, se ha modificado su función intelectual y sus relaciones con la inteligencia, no menos que con la estructura de poder.

A través de un análisis histórico estructural somero y esquemático se sugieren luego algunas proposiciones que intentan explicar las tendencias y situación actual de la universidad en los países periféricos de América Latina apelando a una construcción tipológica simple.

4. Si se atiende principalmente a las dos grandes dimensiones de relacionamiento de la universidad con la sociedad, que son la conexión con la producción económica y la estructura de poder, es posible perfilar algunos tipos básicos de inserción histórica.

Nótese que cuando se habla de conexión económica se considera principalmente dos funciones de la universidad: la formación de cuadros profesionales superiores y la generación de conocimientos prácticos e innovaciones técnico-científicas para la producción económica.

En cuanto a las relaciones de poder lo que cuenta esencialmente es la manera y el grado en que la universidad contribuye a la formación de la élite de poder 1/ y del sistema hegemónico. Entiéndase esto último en el sentido de una consensualización ideológica (legitimación) del modo vigente de dominación. Esta contribución puede ser ambigua y hasta contradictoria según las circunstancias concretas.

1/ Por su mayor vigencia actual prefiero utilizar el concepto de élite de poder no desvinculado del de clases dominantes. Esto no supone en modo alguno que asuma el rechazo de los fundamentos de clase de la élite de poder, siguiendo la tradición neomaquiavelista de Mosca y Pareto, con la que discrepo totalmente en este punto. En cambio, nuestra concepción de la élite de poder se encuentra más cerca de la de C. Wright Mills que relaciona las clases sociales con la estructura corporativa de la sociedad industrial. No es ahora del caso elaborar más esto porque no tendría sentido y además ya lo he hecho en otros trabajos.
porque

En una perspectiva histórica, se puede afirmar en general que la universidad ha contribuido de una manera diversa en su naturaleza y variable en su intensidad tanto al modo de producción como a la configuración de las relaciones de poder. Al mismo tiempo se puede sostener que su inserción social ha sido su principal determinante interno, esto es, la fuerza condicionante que ha influido en su organización institucional, en las formas de saber y en los contenidos de conocimiento predominantes, así como en los arquetipos sociales de hombre de conocimiento y de profesional e intelectual universitario. Ellos son los principales agentes sociales de su particular conexión con la sociedad global.

5. Siguiendo una línea a la vez taxonómica e interpretativa se se pueden distinguir - abstrayendo acaso arbitrariamente - tres configuraciones históricas más salientes. La primera será denominada de "disociación estructural relativa e irrelevancia social" ("universidad disociada"). La segunda de "congruencia funcional y asociación relevante" ("universidad asociada"). Y la última, que intenta representar el momento actual de la universidad latinoamericana, de "nueva disociación y diferenciación funcional" ("universidad desvirtuada"),

Estas expresiones son sólo modos aproximativos de referirse a características concretas e identificadas de la inserción universitaria en la estructura de la sociedad.

6. El primer tipo de inserción histórica, llamado de "disociación estructural relativa e irrelevancia social", resulta útil para esclarecer las cuestiones planteadas y se encuentra claramente corroborado en la universidad medieval y renacentista. Este es un largo período que abarca desde sus orígenes hacia fines del siglo XI, con las fundaciones de las universidades de Bolonia y París y, enseguida, con las de Salamanca y Oxford, en que comienza el vasto movimiento europeo de

que con el tiempo se tornan fundación de universidades/crecientemente secularizadas. El mismo se extiende unos pocos siglos más tarde a la América hispana con la creación, en 1551, de las universidades imperiales de San Marcos de Lima y de México, que siguen la tradición abierta y populista de Salamanca (Steger). El período concluye con el siglo XVIII.

La conexión social de la universidad en esta fase fue tal que pudo florecer intelectualmente desde sus comienzos debido precisamente a su disociación con la producción económica y a su relativa irrelevancia con respecto a la estructuración de las clases sociales y al ejercicio del poder. Todo esto le proporcionó un considerable margen de autonomía intelectual e institucional. En efecto, tanto en la sociedad feudal como en la sociedad renacentista burguesa que la sucede, la desconexión entre la producción económica y el poder, por un lado, y la universidad, por el otro, era prácticamente total. Poco relevante era ciertamente la formación de teólogos, filósofos y juristas para el funcionamiento del poder ^{feudal} / o de las repúblicas urbanas. Tampoco era demasiado relevante el conocimiento que producía en una época histórica en que aún no había surgido la ciencia empírica moderna; no está de más recordar que la forma predominante de producción era artesanal y se basaba en una tecnología empírica producto más que todo del ensayo y el error.

La conexión de la universidad postmedieval con la estructura de clases era difusa e inorgánica porque se correspondía más con un sistema de clases todavía en formación que con las clases dominantes en este período. Por lo tanto, la universidad no constituía un medio eficiente y reconocido de canalización de aspiraciones de movilidad social, tanto porque el prestigio de la universidad misma y las recompensas económicas que recibía el intelectual universitario no eran elevadas como ^{porque} el mundo de las ocupaciones productivas no se encontraba suficientemente estructurado.

En este sentido, la universidad secular fue quizás un orden institucional que se hallaba desfasado con relación a formaciones históricas donde todavía no era posible un despliegue pleno de sus potencialidades funcionales.

De ahí, entre otras cosas, los frecuentes e intensos conflictos de los universitarios con el medio social circundante. Muchas universidades fueron obligadas a instalarse extramuros de las ciudades.

Quizá ningún testimonio literario sea tan elocuente de este desarraigo estructural de los universitarios como la picaresca española del Siglo de Oro con su desfile de bachilleres y licenciados, ambulantes, desocupados y mendicantes, que transitaban por las ciudades y caminos de España poniendo en evidencia con su precaria condición su falta de integración en una sociedad que aun carecía de posiciones ocupacionales apropiadas para ellos. Como se diría hoy en día eran típicos marginales que carecían de modos orgánicos de ganarse la vida y que apelaban a toda suerte de recursos - no siempre lícitos - para sobrevivir. Aunque parezca paradójal, estas difíciles condiciones resultaron a la postre propicias para que se estableciese una armónica convergencia entre universidad e inteligencia asumiendo de consuno el poder intelectual de la sociedad. Desde fines del medioevo hasta bien entrado el renacimiento los más trascendentales debates y progresos intelectuales se produjeron en la universidad o en relación estrecha con ella.

7. Tendría que producirse la revolucionaria conexión entre la ciencia empírica y la producción económica que da origen a la revolución industrial para que se transforme la inserción social de la universidad. Y esto ocurrió recién con el consiguiente advenimiento de la técnica científica y el florecimiento del capitalismo industrial desde el siglo XIX. Bajo estas nuevas condiciones se ingresa en la fase designada como de "congruencia funcional y asociación relevante" de las universidades con la forma prevaleciente de dominación.

Como es bien sabido, este período histórico se caracterizó por grandes reformas en las universidades que habían quedado profundamente rezagadas con respecto al progreso intelectual de los dos siglos precedentes.

Esta transición culminó en el siglo decimonónico cuando la ciencia experimental revolucionó la técnica productiva y con ello transformó fundamentalmente el modo de producción económica y no menos la inserción social de la universidad. En efecto, el cambio comprendió a la propia organización interna de la universidad, a los contingentes sociales que albergaba en su seno, a los nuevos campos de conocimiento que se expandieron y a las relaciones entre la diversificación de las profesiones universitarias y las fuerzas productivas que emergieron al impulso de la revolución industrial.

Las grandes reformas de la educación superior tuvieron su epicentro en la reforma universitaria alemana y la creación de las grandes escuelas profesionales francesas de comienzos de siglo XIX, que pusieron el acento en la conexión entre investigación y profesión, vinculando de ese modo a la universidad con la técnica científica, por un lado, y con un mercado profesional, por el otro. Con ellas comienza el proceso de inserción orgánica en la producción económica y la estructura social, que está desvaneciéndose en el momento histórico presente.^{1/}

^{1/} "El concepto o idea de la universidad que prevalece aun entre nosotros, al igual que las funciones del profesor universitario, tuvieron su origen en Alemania durante el siglo XIX... (Más tarde) Francia, Gran Bretaña y los Estados Unidos introdujeron una serie de reformas imitadas del ejemplo alemán." J. Ben-David et al., La Universidad en Transformación (Barcelona, Seix Barral, 1966), p.13-14. También H.A. Steger "Sobre la sociología de los sistemas universitarios del occidente de Europa y de Latinoamérica en los siglos XIX y XX" A.E. Solari (ed.) Poder y desarrollo. América Latina. Estudios sociológicos en homenaje a José Medina Echavarría. (México, Fondo de Cultura Económica, 1977).

8. La vigorosa marcha del proceso racionalizador inherente a la civilización industrial se hizo sentir de muchas maneras y revirtió sobre la universidad misma transformando profundamente su sentido social. Desde ese momento la universidad quedó convertida en un factor decisivo del progreso técnico, no sólo por su contribución efectiva a la generación de innovaciones sino también por la influencia que ejerció en la preponderancia de la razón instrumental.^{1/}

Pero esta proyección social de la universidad quedaría confinada principalmente a la esfera productiva, que es donde la revolución del conocimiento técnico se desplegó más plenamente.

9. En cambio, la tajante separación liberal entre Estado y economía contribuyó a contener durante algún tiempo el avance del proceso racionalizador sobre el frente político e ideológico, al menos en el área de las decisiones de mayor importancia.

Es cierto que el Estado tendió a burocratizarse crecientemente pero no menos cierto es que la diferenciación entre poder público y administración pública se mantuvo claramente delineada. En este sentido, el siglo XIX ofreció un espectáculo paradójico: mientras la economía era cada vez más dominada por la vertiginosa expansión de la razón técnica, la política florecía como nunca antes debido al progreso de la democratización liberal y a la emergencia de nuevos sectores sociales participantes en el universo político de una ciudadanía continuamente ampliada. En otras palabras, se asistía a

^{1/} "A mediados de siglo XIX la universidad (alemana) tomó un aspecto más estrictamente académico, pero creó nuevas disciplinas y amplió sus horizontes intelectuales. de modo que casi toda la actividad científica importante de aquella época tuvo su origen dentro de la universidad". J. Ben-David, op.cit., (p.17, subrayados agregados, 1977). Algo semejante puede afirmarse respecto del alcance de las reformas de Oxford y Cambridge después de 1850, y de la creación de las "grandes ecoles" francesas desde comienzos de ese siglo.

sendos procesos paralelos de politización de la sociedad y el Estado por un lado, y de tecnificación de la economía, por el otro, cuyos modos de relación con la universidad diferían considerablemente.

10. En este nuevo contexto histórico y al profesionalizarse la universidad se ligó cada vez más a la economía, sea como productora de recursos humanos o de innovaciones técnicas, pero se sometió a la política del Estado, a cuyo amparo pero bajo cuyas condiciones trató de definir su espacio de libertad académica. En efecto, la doctrina de la "neutralidad valorativa" del conocimiento social surgió precisamente en un momento en que la autonomía de la universidad era algo así como el premio que recibía por su prescindencia política.

Y donde fue más fuerte esta pretensión de ampliar los márgenes de libertad académica fue precisamente en Alemania cuando la dependencia económica y funcional de las universidades respecto del Estado era mayor. Después de la reforma decimonónica, las universidades alemanas se tornaron islas de privilegio, precisamente por la protección que les dispensó el Estado y por su estrecha conexión con las clases dominantes. En efecto, sólo ellas eran las que demandaban autonomía intelectual en la universidad, claro está que dentro del marco de una tácita aceptación del orden conservador dominante. De este modo la universidad renunciaba a ejercer sus responsabilidades de crítica de la sociedad y menos aún a la de contribuir a la orientación de los procesos de cambio histórico. No fue por azar que ninguna de las grandes ideologías decimonónicas se gestó en la universidad. Su relación con los intelectuales independientes había llegado a su punto más bajo.

La universidad misma se había convertido en una importante fuente de trabajo para las nuevas profesiones científicas. Conscientes de su ascendiente sobre^{el} poder del Estado, quienes las ejercían buscaron definir su jurisdicción privativa renunciando para ello a su función intelectual. Ciertamente, también fue importante la necesidad de

liberarse de los viejos constreñimientos que en el pasado habían bloqueado el avance del conocimiento secularizado.

En consecuencia, esta universidad no avanzó mucho más allá de una liberalización relativa del conocimiento, principalmente en el campo técnico-científico, pero dentro de una observancia respetuosa del orden social vigente. La prueba de esto se encuentra en que el marxismo no tuvo status académico reconocido y con él las otras corrientes intelectuales y doctrinarias que cuestionaban el statu quo proponiendo alternativas de cambio radical. En cambio, las doctrinas reaccionarias, conservadoras y liberales encontraron en ella un ambiente acogedor y propicio.

Empero, lo que estaba en juego en ese momento histórico era más que todo el despliegue del conocimiento técnico y eso pudo hacerse con todos los honores y las facilitaciones necesarias, desligándolo completamente de las ataduras teológicas del pasado. La física, la química, la biología y otras ciencias naturales progresaron rápidamente en la universidad revolucionando continuamente el conocimiento práctico, mientras que al mismo tiempo ella podía presentar un frente ideológico estable y conformista que convalidaba el orden social que se estaba consolidando.

En suma, la universidad entró en una estrecha conexión orgánica con la economía y el poder, sea directamente mediante la creación científica y la innovación técnica, sea indirectamente mediante su aporte a la secularización y al proceso racionalizador de la vida social. Además, mantuvo una posición favorable al statu quo, expresando - aunque sin mucha convicción - la necesidad de obtener un conocimiento objetivo y neutro, y prescindente en aquellas materias que se relacionaban más de cerca con el ejercicio del poder político y la legitimidad de las jerarquías sociales e ideológicas reconocidas.

11. Ya fue indicado que el desarrollo del capitalismo industrial se basaba en el desenvolvimiento de dos procesos concurrentes a los que la universidad se vinculó de manera estrecha. Ellos fueron la tecnificación de base científica de la economía y la ampliación de la politización del Estado, que tenía lugar en sociedades que experimentaban intensos y efectivos procesos de "democratización fundamental" (Mannheim). En la medida que el primero es un proceso conocido y ya fue aludido anteriormente, nos centraremos en el segundo que por lo demás es más pertinente para nuestro análisis.

La idea de ^{la}politización del Estado se refiere primariamente a la progresiva ampliación de las bases sociales del poder político y a la emergencia de una arena política donde los problemas públicos se debaten con grados diversos de pluralismo y libertad por una ciudadanía en proceso de continua expansión. En rigor y aunque la participación política, en sus aspectos activos y pasivos, fuera restringida, lo cierto es que fue considerablemente más amplia que en cualquier momento del pasado anterior a las grandes transformaciones políticas liberales y a la emergencia del capitalismo industrial del siglo XIX.

Sin ánimo de abundar en esto, parece oportuno recordar varios hechos que contribuyeron a la transformación de la sociedad política: la expansión y profundización de la concepción de ciudadanía, la significación de los procesos democráticos ^yelectorales para la legitimación del poder político, la emergencia de una opinión pública políticamente ilustrada, una mayor apertura y tolerancia ideológica y, lo que es más próximo a nuestro análisis, un mayor refinamiento intelectual de la clase política, que era relativamente más numerosa y poseía conexiones bastante más diversificadas con las clases y sectores dominantes. Además, todo esto correspondía a sociedades con grados más elevados de

movilidad social, movilización popular y organización política. Sin embargo, ya se advertía una definida tendencia a la creciente burocratización de la administración del Estado y de las grandes instituciones públicas y privadas, fueran estas religiosas, económicas, militares o civiles. En efecto, ^{en} los albores de una posible democracia liberal participacionista ya se perfilaba nítidamente la tendencia hacia el surgimiento de formas institucionales corporatistas las que a la postre le restarían gran parte de su significación concreta.

En el contexto de la sociedad burguesa emergente las profesiones universitarias crecieron muy aceleradamente así como se elevó su prestigio social y posición estructural. Además de su considerable influencia económica la universidad aportaba una reserva de candidatos potenciales para integrar la élite de poder; claro está que se incorporaban a ella sólo aquellos que pasaban con éxito a través de diversos y confiables modos de cooptación personal. Durante más de un siglo estas relaciones fueron estrechas y con vasos comunicantes abiertos que conectaban a la clase profesional con los círculos próximos del poder político. De ahí que el acceso de los universitarios a los más altos escalones burocráticos y corporativos del poder fuera fácil y casi 'natural', pero no era así su incorporación al seno mismo del poder político ^{del Estado.} El ingreso a la élite de poder ya no reconocía como causa suficiente la posesión de un título universitario aunque este pudiera ser un elemento necesario para ser considerado. En efecto, el plus que podía proyectar a un universitario a una posición de poder en el gobierno no constituía algo que la universidad proporcionaba por sí sola. Para ello eran fundamentales otros puntos de apoyo en las instituciones del Establishment y en la estructura de clases, reforzada por un considerable particularismo familista.

12. El mundo universitario decimonónico que se proyectó hasta bien avanzado el siglo XX presentaba además otras características que facilitaron su inserción en el modelo del estado liberal de la fase capitalista industrial. En primer lugar, la unidad del mundo universitario. En cada país, las universidades eran relativamente homogéneas en su organización y en la calidad de su trabajo académico y formación profesional y las diferencias entre ellas eran más bien sectoriales que globales; había además una política universitaria nacional sea derivada del Estado, sea de acuerdos establecidos libremente entre las universidades mismas a través de variados organismos interuniversitarios. Habida cuenta de las posibilidades de un país determinado sus universidades formaban un sistema relativamente orgánico y de parejo prestigio debido sobre todo a sus comunes raíces en la estructura de clases y de poder.

En segundo lugar, si bien las universidades de los países capitalistas industriales de desarrollo originario absorbieron rápidamente la investigación científica y la generación de innovaciones técnicas, cuyos descubrimientos más significativos se produjeron a partir del siglo XIX en su seno, no fue así en cambio en lo que se refiere al debate sobre alternativas sociales y políticas, y menos aún a la generación de ideologías. Por lo general estas vieron la luz fuera de los claustros universitarios y quedaron por mucho tiempo desconectadas del trabajo académico, no obstante que casi sin excepción y subyaciendo a su parte doctrinaria incluían profundos y novedosos aportes teóricos. Esta renovación intelectual fue la obra de intelectuales libres y críticos.

Quizá esto explique en parte la siempre difícil ubicación y vida de las ciencias sociales en el contexto universitario, particularmente de aquellas cuya relación con las técnicas productivas es más remota.

O sea de todas, menos de la economía clásica y neoclásica, y esto precisamente por su muy significativa contribución a la legitimación ideológica del capitalismo.

En tercer lugar, se sigue de lo anterior que había una necesidad funcional que forzaba a preservar a las universidades de la politización para asegurar la formación de élites cada vez más ilustradas y, sobre todo, de una intelligentzia orgánica identificada y al servicio del orden social y, consiguientemente, responsable del manejo de las complejidades del aparato del Estado y la economía. En estas condiciones el disenso abierto y frontal resultaba inaceptable. Parece no haber duda de que unas ciencias sociales críticas habrían constituido una amenaza intolerable para la armonía y continuidad del sistema de poder en el que la universidad estaba inmersa. Por eso permanecerían mucho tiempo al margen de los claustros universitarios.

Finalmente, queda aún por mencionar una cuestión no menos significativa que es la del delicado equilibrio de proporciones entre las masas del orden universitario y de la sociedad política. Apelando al símil de unas relaciones de mercado, es posible pensar que si la oferta (recursos humanos y servicios universitarios) hubiera sido excesivamente desproporcionada a la demanda (necesidades de las fuerzas productivas y del sistema de dominación) todo el sistema habría entrado en crisis. Ciertamente las relaciones a que se alude no son todas ellas cuantificables aunque las magnitudes no dejen de tener su importancia, como se verá más adelante al examinar situaciones distintas y hasta opuestas caracterizadas por la diversidad clasista y la saturación del mercado político. Era por lo tanto necesario mantener el equilibrio de las proporciones recíprocas y de la composición de clases, así como evitar el disenso crítico generalizado porque de estas condiciones dependía la existencia de una

relación armónica y orgánica de una universidad aliada con el orden social dominante.

Con estas características de elitismo social y monolitismo ideológico la universidad alcanzó su más alto grado de inserción orgánica, esto es, de relevancia y asociación armónica con el orden social capitalista liberal.

13. La crisis estructural de la universidad comenzará recién cuando este delicado equilibrio experimente imbalances y alteraciones fundamentales, tanto desde dentro mismo del orden universitario como por las transformaciones de su medio ambiente social, particularmente de la estructura de clases y las relaciones de poder. Se ingresará así al llamado momento de la "nueva disociación orgánica y diferenciación funcional" ^{o sea a} la "universidad ^{desvirtuada}". Este es bien distinto ciertamente del período fundacional de las universidades cuya desconexión estructural era esencialmente diferente, lo cual facilitaba una más armoniosa unidad del sistema universitario. Si de aquel momento es lícito decir que la universidad se trataba de una "creación anticipada", que correspondía más bien a un tiempo histórico que todavía no había madurado, ahora cabe preguntarse si la universidad que floreció en el pasado reciente no se encuentra en vías de una rápida transformación y dilución en un complejo e inédito ordenamiento.

En efecto y a partir de este momento, la quebra de la unidad del mundo universitario tendió a ser total. Aunque esta fragmentación asuma características diversas, en lo esencial es posible reducirla a una dicotomía. Razonando estructuralmente se puede suponer que la universidad de elite (u oligárquica) tiene que ser ideológicamente conservadora e identificarse con el orden social vigente, mientras

que la de masas, que más propiamente representa sectores y clases en ascenso con fuertes aspiraciones sociales pero sin consolidación estructural, tendría por fuerza que ser progresista y acaso revolucionaria. En tanto que la primera está claramente implantada en la cúpula y estrechamente vinculada con la elite de poder, la otra representa fuerzas sociales de transformación, generalmente de sectores medios, que intentan ganar poder y reconocimiento social. Sus correspondientes en el campo de la inteligencia son los intelectuales orgánicos, en el primer caso, y los críticos, en el otro. En el pensamiento conservador prevalece una postura pragmática y concreta preocupada por las armonías y equilibrios funcionales que aseguran la continuidad del sistema social. Es generalmente conciliador y ponderado. En cambio, el pensamiento crítico y especulativo, rayano a veces en la utopía, caracteriza a los sectores que procuran transformar la cultura dominante para cambiar el orden social. Su interés principal tiende a concentrarse en las crisis y rupturas que siguen a las transformaciones estructurales y los conflictos sociales. A partir de una reflexión crítica del presente en que se manifiesta su insatisfacción con respecto a alguna de sus características elaboran nuevas ideas y alternativas de cambio.

La formación superior de los cuadros técnicos y profesionales de elite tanto como la investigación técnico-científica se realizan ahora en un marco histórico-estructural profundamente modificado y en el que la universidad ha perdido gran parte del control que anteriormente tuvo con el cuasi monopolio de estas esenciales funciones de la sociedad industrial. Por eso/^{mismo} se ha debilitado su función intelectual.

14. Entre los rasgos de las sociedades latinoamericanas actuales es posible destacar, de un modo bastante esquemático, algunos factores que están condicionando los procesos de cambio universitarios. No se ignora que este es un contexto histórico estructural, complejo y variado, con muchos matices y diferencias significativas que aparecen en cuanto se desciende a los casos concretos. No obstante, acaso sean suficientes las siguientes indicaciones para situarlo aunque sea en un nivel necesariamente abstracto.

En primer lugar, cabe referirse a la estructura económica. En un sentido, ésta ha experimentado dos procesos concurrentes de extrema complejización técnica, por un lado, y de creciente diferenciación interna en términos de fases tecnológicas, estructura ocupacional, escala operacional y productividad (heterogeneidad estructural), por el otro. Se trata de la coexistencia de diversos órdenes de jerarquías técnicas y organizacionales a menudo yuxtapuestos pero no integrados orgánicamente. En otro sentido, se pueden señalar rápidamente la creciente transnacionalización de la economía doméstica e internacional, y la dependencia externa en materia de tecnología, mercados y financiamiento. Todo esto significa - para algunos intérpretes - una pérdida de relevancia de la nación como marco de referencia para la universidad.

En segundo lugar, cabe destacar el carácter concentrador de estos procesos, tanto en el plano económico como en el político. Hay una considerable interrelación entre ambas esferas y niveles de poder, quizá hoy mayor y más compleja que nunca antes, donde además concurre una creciente tendencia a la tecnocratización de las decisiones. Se ha diluido en gran medida la separación entre Estado y economía -que

tanta importancia tuvo en la historia universitaria del último siglo - aunque se profesen doctrinas económicas neoliberales que sostienen justamente lo contrario, esto es, la prescindencia y subsidiariedad del Estado. De un estado autoritario claro está que preconiza su no intervención en la dinámica del mercado cuando al mismo tiempo conforma la estructura de la sociedad a las necesidades de una economía capitalista oligopólica.

Tercero, la masificación de la universidad y la producción de profesionales en gran escala, que enfrenta una demanda ocupacional con tendencias estacionarias, ha dado lugar a una proletarización de las profesiones intelectuales que va en continuo aumento y constituye hoy en día un fenómeno de alcances universales.^{1/}

^{1/} "En los países industrializados con economía de mercado se viene observando desde hace varios años un empeoramiento de la situación de empleo para los trabajadores intelectuales... En Francia, por ejemplo, la falta de empleo para el personal dirigente ('cadres'), que antes de 1965 era insignificante, ha alcanzado desde 1974 proporciones preocupantes. En 1971, el número de demandas de empleo no satisfechas fue, para tal personal, de 14.000; en 1974, de 25.000, y en 1976, de 45.000." En el año comprendido entre "noviembre de 1975 y noviembre de 1976, la proporción de ingenieros, técnicos y personal dirigente sin empleo aumentó el 9,2%, mientras que para el conjunto de los trabajadores la proporción fue del 2,0%". También en los Estados Unidos y el Reino Unido se ha comprobado "un aumento mucho más rápido de tal proporción durante esta última década". En Canadá, en 1976, "se estimaba que el 25% de los graduados con títulos superiores seguían sin trabajo un semestre después de su graduación. En el mismo año, en Francia y Japón había una proporción de profesionales desempleados equivalentes a un tercio de una promoción anual de diplomados de ese nivel. En países subdesarrollados como las Filipinas, la India y Sri Lanka "el elevado número de personas en posesión de un título académico sin empleo es uno de los rasgos característicos y preocupantes del mercado del empleo. En la India, mientras que el número de trabajadores inscritos en los servicios del empleo (como desempleados) aumentó entre 1957 y 1971 de 922.100 a 5.100.000, es decir, que se quintuplicó, el de trabajadores con título académico inscritos en dichos servicios aumentó de 32.300 a 334.000, es decir, más de diez veces; entre 1966 y 1971, el número de ingenieros inscritos aumentó de 23.000 a 86.000, es decir, casi se cuadruplicó". El informe concluye esta revista diciendo así: "En resumen, en numerosos países es cada vez más difícil encontrar o conservar un empleo" (profesional). OIT, Condiciones de empleo y de trabajo de los trabajadores intelectuales, (Ginebra, 1977, p.42-44).

Todo esto ocurre en sociedades que en esencia son semi-alfabetas, con grandes contingentes de la población que quedan al margen o no completan la educación elemental, y, consiguientemente, con bajos grados de escolaridad general de la fuerza de trabajo, pero donde al mismo tiempo se registran muy altas tasas de participación en la matrícula universitaria, como es el caso de la gran mayoría de los países latinoamericanos.

Cuarto, los procesos anteriores han conducido a la saturación de las profesiones universitarias y con ella a una creciente diferenciación y jerarquización de las universidades nacionales, a la privatización creciente de los estudios superiores de mayor prestigio y a la transferencia de la formación más especializada y de más alto nivel (postgrado), que es estratégica para el orden social vigente, a centros académicos extranjeros y a otros organismos cuasi-universitarios (civiles y militares). En ellos funcionan algunos de los más eficaces mecanismos de selección ideológica y de cooptación para las posiciones de elite. Por lo tanto, se observa una creciente elitización de un pequeño sector universitario de cúpula, que tiende a autonomizarse respecto del resto del conjunto universitario, y a una devaluación paralela de los estudios superiores para las masas con una degradación evidente de su calidad formativa y de su importancia funcional y prestigio social. Todo esto ocurre en momentos en que se está registrando una considerable ampliación de la base social de reclutamiento de los estudiantes de nivel superior. Nuevos sectores medios y capas altas de la clase obrera están logrando acceso a una estructura educativa que sólo muy limitadamente se democratiza.

Finalmente, los procesos de concentración, jerarquización y tecnocratización del poder político, que en no pocos países se ha tornado crecientemente autoritario, han estrechado los márgenes de

libertad intelectual y la posibilidad de expresión del disenso crítico en las universidades. Al mismo tiempo, la distancia en aumento entre la cúpula y la base del sistema universitario acarrea tensiones entre los beneficiarios de la meritocratización elitista y los amplios sectores medios y de clase obrera representados en las universidades de masas. Esto constituye una contradicción que abre paso a la universidad militante (Medina), opuesta al gobierno y al régimen imperante cuando no al mismo sistema capitalista. ^{1/} Las universidades más pobladas se convierten así en unas de las tribunas políticas (aunque no intelectuales) más importantes donde se manifiesta el disenso crítico que perdura hasta que sea reprimido. Hay que tener en cuenta ^{el peso político de} la enorme masa de estudiantes universitarios que, en algunos países, supera al número de obreros industriales.

15. La generalizada emergencia de estos conflictos universitarios está indicando la existencia de contradicciones estructurales que configuran una crisis, de una magnitud y profundidad anteriormente desconocida. La llamada cuestión universitaria parece preocupar a todo el mundo pero sus problemas no se resuelven.

Por un lado, las universidades se profesionalizan y son ampliamente utilizadas como un importante recurso político para contrarrestar fuertes tensiones sociales de grupos y sectores que por su ubicación estructural han ganado poder y cuyas aspiraciones profesionales y participatorias se expresan como vigorosas ^{educativas} demandas. Ellas sin embargo no pueden satisfacerse aceptablemente debido a la subutilización de capacidades y al su empleo y desempleo profesional. De aquí se deriva en gran parte la frustración y el resentimiento personal tanto como la contestación abiertamente ideológica, que suele convertirse en la negación de la crítica intelectual seria. Pero hay algo más.

1/ Si la "Universidad enclaustrada" ha sido siempre excepcional y hoy casi imposible - "torre de marfil" tan sólo en el denuedo - su contraposición radical no lo es menos, porque acaba precisamente con la universidad misma. Frente a la "Universidad enclaustrada", la "Universidad militante" es la que se deja invadir sin tamiz alguno por los ruidos de la calle y reproduce en su seno, en exacto microcosmos, todos los conflictos y pasiones de su mundo. La tarea científica desaparece y sólo quedan los gritos sustituyendo a las razones. La apertura al mundo de la actividad universitaria - su única manera de influir sobre él - sólo

Una universidad profesionalizante que es al mismo tiempo una universidad militante resulta algo paradójal cuando no contradictorio. Y lo es aún más cuando en medio de estos avatares abandona su función intelectual que no ejerce desde el momento en que al renunciar a la investigación renuncia también al principal fundamento de la legitimidad de su crítica social.

Por el otro lado, este desborde de la masificación universitaria ha quebrado el equilibrio de proporciones a que se hizo referencia: la élite de poder no está ya en condiciones de absorber más que a una pequeña parte del considerable flujo de profesionales universitarios, sea en las posiciones de gobierno, sea en las empresas del sector moderno de la economía. La meritocratización de una sociedad tecnocrática tiene por fuerza que ser limitada porque de otro modo no podría conservar la consistencia de sus estrategias y políticas. Por eso, desconfía de aquellos que proceden de universidades de mala calidad académica y más que todo cuando en ellas predomina el disenso crítico. Por eso prefieren refugiarse en los más seguros y controlables resortes de cooptación social que han estado organizando en los últimos años y que ahora tienden a institucionalizarse separadamente y a recuperar su homogeneidad ideológica.

16. En esta situación se apela generalmente a una de dos alternativas, o a ambas complementariamente. La primera consiste en la ruptura de hecho del orden universitario que se traduce en su elitización parcial, jerarquizando aquellos estudios superiores que responden a las necesidades profesionales y políticas del régimen vigente y masificando al resto para confinarlo a dar estudios de segundo orden, esto es, que no superan el nivel de un postsecundario profesional. La segunda se propone en elitizar y empequeñecer a todo el conjunto universitario mediante el pago de elevadas matrículas y requisitos de selección discriminatorios para el ingreso de los sectores no elitarios. Lo demás lo harán los vínculos familísticos y otras relaciones particularistas, además de

1/ (cont. pág. anterior)

cabe, en consecuencia, en la forma de la "Universidad partícipe" es decir no militante ni enclaustrada. "Universidad partícipe" es aquella que enfrenta los problemas del día aceptándolos como tema riguroso de su consideración científica, para afirmar únicamente lo que desde esa perspectiva se puede decir... Nada de su tiempo puede serle ajeno, pero

algunos severos controles de lealtad al orden social existente. En cualquier caso, un monto considerable de coerción será imprescindible para el control de las situaciones de tensión que siguen a la imposición de cualquiera de estas alternativas.

Una de las secuelas posibles es la reducción del mercado intelectual y del pluralismo ideológico en la universidad, fórmula bastante común en los regímenes autoritarios. Con la represión se trata de denegar el disenso y de contrarrestar las tendencias al desarrollo de ideas y actitudes críticas del statu quo. Pero esto no resuelve la cuestión de fondo, que tiene principalmente que ver con la falta de correlación entre la composición de la universidad en general con respecto a los sectores de clase que controlan los diversos órganos corporativos del poder social y político. En el mejor de los casos lo más que se intenta es esconder este problema y procurar de que las tensiones se tornen latentes, aunque sin impedir que cada tanto emerjan abruptamente.

De cualquier manera que sea, esta universidad tiende a disociarse profundamente de los intelectuales libres porque su predicamento termina por agotarse. Así, al abandonar su responsabilidad intelectual optan entre un profesionalismo ramplón y una militancia radical no pocas veces fundada en el inmediatez político.

III.

Algunas preguntas inquietantes sugiere este cuadro. ¿Cuánto pluralismo ideológico en la universidad de masas puede tolerar un orden social elitista con perfiles ^{autoritarios y} tecnocráticos? En otro sentido, ¿cuánta desviación del patrón ideológico dominante puede ser asimilable en la cúspide del sistema social? ¿Qué relación tendrá la universidad - si alguna - con la inteligencia independiente? ¿Qué otras instituciones y medios sociales podrán cumplir la delicada y vital función intelectual de hacer la crítica del presente para diseñar las alternativas del futuro? ¿Podrá ser concebible que el conocimiento técnico-científico con su gran potencial transformador pueda ser generado en organizaciones académicas donde impere el pluralismo ideológico y exista consecuentemente la posibilidad del disenso crítico? En suma, ¿cuál será el papel de la universidad en este nuevo contexto? 1/.

1/ En su trabajo ya citado Medina Echavarría formulaba algunas cuestiones más generales que conviene recordar por su pertinencia para estas reflexiones: "¿Constituye la Universidad en los días que corren el 'principio promotor de la historia' en la América Latina? ¿Es el lugar en que se despliega 'la más alta conciencia' en nuestra época? ¿Ofrece, en suma, con toda plenitud su poder espiritual?" (Op.cit., pag. 169.)